

LA EUCARISTÍA Y EL TRABAJO HUMANO⁶⁴⁴

CONFERENCIA DICTADA EL 17 DE SETIEMBRE, 1972

No os asombréis si comienzo refiriéndome a Simone Weil al hablar de la relación entre la Eucaristía y el trabajo. Hebrea, profesora de filosofía, discípula de Alain, quiso hacer e hizo del trabajo una experiencia personal, viviendo durante un año en la fábrica Renault como empleada, y luego como simple obrera en un establecimiento agrícola en Suiza. Confió a periódicos, cartas y ensayos, la descripción apasionada y perturbadora de las condiciones de trabajo en nuestra sociedad técnica e industrial. “Por poco me dividía en pedazos”, anotaba en *Condition ouvrière*, para mostrar el drama de un trabajo automatizado, fragmentario, inhumano, lo cual ya había encontrado otras denuncias en “Muralla china” de Franz Kafka y en las imágenes del film “Tiempos modernos”, en una interpretación única de Charlot. Al final del volumen *La pesanteur et la grâce*, bajo el título genérico de “Mística del trabajo”, Simone Weil mostraba “en qué medida el cuerpo está unido al alma” afirmando la necesidad de los valores espirituales en la fatiga humana.

“El secreto de la condición humana, escribí, está en la falta de equilibrio entre el hombre y las fuerzas de la naturaleza que lo rodean y las cuales en la inacción lo sobrepasan infinitamente; solamente hay equilibrio en la acción, mediante la cual el hombre, en el trabajo, recrea la propia vida... La grandeza del hombre consiste en recrear la propia vida. Recrear lo que le es dado. Dar forma a aquello que puede recibirla. Con el trabajo, él produce su existencia. Con la ciencia, él recrea el universo mediante los símbolos. Con el arte, recrea la alianza entre el cuerpo y el alma... Observa que cada una de estas tres cosas, tomada en sí misma y fuera de la relación con las otras dos, es una cosa pobre, vana y vacía. La unión de estas cosas se llama cultura obrera... el gran peso del trabajo manual consiste en el hecho de que alguien es obligado a esforzarse por una necesidad y no por un bien (empujados, no atraídos; para mantener la propia existencia tal como ella es), esto es siempre una esclavitud. En este sentido, la servidumbre de los trabajadores manuales es irreductible. Esfuerzo sin finalidad... solo la belleza permite quedar satisfecho con lo que existe. Los trabajadores tienen necesidad de poesía más que de pan. Tienen necesidad de que su vida sea poesía. No es la religión, sino la revolución la que es el opio del pueblo. La privación de poesía de que hablo implica todas las formas de desmoralización. La esclavitud es el trabajo sin luz de eternidad, sin poesía, sin religión... Trabajo manual es el tiempo que penetra en el cuerpo. Mediante el trabajo el hombre se hace materia, como Cristo en la Eucaristía”.

Para S. Weil una experiencia debía ser encarnación real y total. En esta encarnación sufrida, en esta desolación de los talleres como en la miseria de los establecimientos agrícolas sentía la presencia liberadora de Cristo, precisamente de Cristo Eucaristía. “*Para tener la fuerza de contemplar la desventura cuando se es desventurado, observa, es necesario el pan sobrenatural*”. En los momentos más dolorosos recitaba el Padrenuestro: “A veces, escribe, durante esta recitación, Cristo se hace presente con una presencia infinitamente más real, más conmovedora, más clara y llena de amor que cuando por primera vez me tomó”. Y, como cuenta el P. Perrin, su confidente y amigo, la Eucaristía se le revelaba y ella la recibía. El domingo nunca perdía la misa, y le era, particularmente querido orar a la luz de la Hostia. En las “*Formas del amor implícito* (declara S. Weil a propósito del Padrenuestro y de la petición del pan de cada día), *Cristo es el pan de nuestra alma. Podemos pedirlo solamente para hoy, porque El está siempre allí, en la puerta de nuestra alma y quiere entrar pero respeta nuestro*

⁶⁴⁴ Tradujo: Hna. Marcela Ma. Galeano, osb. Abadía de Santa Escolástica.

consentimiento. Si consentimos que entre, él viene; después cuando no lo queremos, se va inmediatamente... Nuestro consentimiento para su presencia es la realidad misma de su presencia. El consentimiento es un acto: de allí que, no puede ser sino actual”.

Estas citas religiosas, de una intelectual y judía, como lo es S. Weil, que no deben, evidentemente, ser tomadas como una profesión o un acto de fe católica, nos ofrecen el punto de partida para algunas consideraciones teológicas. La Eucaristía, para S. Weil no era un sacramento sino un símbolo, algo convencional, “lo convencional situado en el punto central”. Esto no quita a sus experiencias místicas y a sus intuiciones religiosas el valor de contenido profético. En la Hostia, en la cual el Amor sanante y redentor consagra el trabajo del hombre (“fruto de la tierra... fruto de la vid y del trabajo del hombre”), en el sacrificio del Hombre-Dios sufriente, S. Weil sintió aquello que expresó en términos de estética: “belleza”, “poesía”, “luz de eternidad”, “finalidad” moral y religiosa del trabajo humano. En la Eucaristía todas las cosas y todas las actividades son redimidas, elevadas, glorificadas; adquieren un sentido inmanente y trascendente, sobrenatural, y un equilibrio espiritual apto para “recrear” la vida. La presencia del Amor en todas las dimensiones del obrar y del dinamismo humano se amplía hasta el punto de darnos una ética del trabajo y una teología de la fraternidad. El trabajo automático, la fragmentación del trabajo técnico pierden el sentido de esclavitud para dar un significado de libertad y justicia universales a la ciencia y a la técnica. La precisión del trabajo en la perfección de los detalles, la fatiga de ser exactos profesionalmente, aparece como un don del amor, un signo de una solidaridad fraterna.

Ya Proudhon había intuido que “en el fondo de vuestra política tenemos que encontrar siempre la teología”, porque política verdadera es aquella que no excluye, sino que considera las almas, pues, de otro modo, en la consideración de los problemas del hombre siempre se acaba por suplantar al hombre y reducirlo a una esclavitud animal. El conocimiento y el dominio del mundo externo no conseguirán nunca consolarnos de la ignorancia moral y religiosa en los momentos de dolor; pero la moral y la religión nos consolarán siempre en nuestras confrontaciones con el mundo externo y frente a los límites de la ciencia y de la técnica. Ningún postulado científico, técnico o mecánico puede hacer que una justificación ética y que una sanción religiosa sean entendidas, en una mística de religiones invertidas, como valores técnicos y materiales. Ningún pueblo puede encontrar tranquilidad y felicidad solo en el gozo de los bienes materiales, porque éstos, por naturaleza, no poseen cualidades correspondientes a las tendencias específicamente espirituales del hombre. Cada valor ético es por sí mismo, valor deontológico; y la deontología postula siempre una presencia teológica. La justicia no es perfecta sino donde el amor es plenamente conocido, y donde el amor es verdad vivida. “Las cosas del tiempo (escribía León XIII en la *Rerum Novarum*) no se pueden comprender y valorizar debidamente si el alma no se eleva hacia otra vida, la eterna, sin la cual... la creación entera se torna un misterio inexplicable”. El trabajo tiene necesidad de un auténtico amor, El trabajo que, para Platón, era una dialéctica del bien, para nosotros es la realidad de toda nuestra vida. Busquemos una verificación histórica. La encontraremos en el comienzo del cristianismo y en su desarrollo a través de los siglos.

Cuando se tiene que responder a un problema histórico y existencial como es el del trabajo, si bien es útil saber cuál es la respuesta que da nuestro tiempo, esto no significa que no haya sido ya dada, aunque solo en germen, alguna respuesta a los problemas que hoy nos agitan. Desde un punto de vista ético y teológico, el mundo del trabajo ha tenido tres momentos o fases históricas. Gratry, en su libro “*La loi de la morale et de l’histoire*” hablaba de tres épocas: en la primera los cristianos con su obra en el mundo construyeron el edificio sagrado de la teología y lanzaron las bases de todas las futuras construcciones; en la segunda descubrieron el mundo físico captando sus leyes y sus fuerzas para ponerlas al servicio del hombre; en la tercera están empeñados en descubrir y trabajar en pro del mundo social, intentando captar sus leyes y sus fuerzas para construirlo de manera que en él pueda existir verdaderamente lugar para una real fraternidad humana. Bastaría leer con atención “*La esperanza de la gente pobre*”, de Jorge La Pira, para comprender las líneas tanto de la ontología como de la teología de esta fraternidad.

La teología del trabajo y de la fraternidad humana tienen su fundamento en la Encarnación; de la cual la Eucaristía es la continuación mística y sacramental. Se funda en la certeza de Cristo como centro del universo, plenitud (“*pleroma*”) de toda la perfección creada y existencial: “*pleroma*” del amor y del dolor. El cuerpo de Cristo en el centro y en el vértice de toda la creación visible está de tal manera unido al cosmos y a su historia, que todas las realidades y todos los problemas del mundo cósmico y humano tienen una referencia directa e indirecta a Cristo. Si el Hijo de Dios, encarnado, “se hizo semejante a nosotros en todo excepto en el pecado”, no existe actividad positiva en su perfeccionamiento que no tenga relación con Él, ni desviación ni culpa que no pueda recibir su gracia redentora. Esto vale espiritualmente también para el trabajo científico, técnico, intelectual, artístico, servil. Por la Encarnación, toda la humanidad, asumida por el Verbo de Dios creador y redentor, es consagrada, es decir: tiene una dirección, una dignidad propia, una misión responsable. Cada persona, la más humilde, la más anónima, adquiere un valor infinito y universal, una inalienable exigencia de respeto por su libertad. El individuo constituye una parte en el todo, y el todo tiene deberes de comunión con el individuo. “*Muchos... son un solo cuerpo*”, afirma san Pablo (1 Co 10,7). Y ya Séneca había declarado: “*Membra sumus magni corporis*” (Ep. 95). No hay superioridad de un hombre sobre otro sino en el servicio para con ese otro. Cristo que se “aniquila” “en forma de siervo” se torna el ejemplo de toda actividad. Lo divino sirve a lo humano, lo humano sirve a lo divino. Todo lo que es personal se torna social, y todo lo que es social lo es a favor de la persona, en una participación individual y humana, y en una coparticipación comunitaria que tiene en la realidad de Cristo, cabeza del cuerpo místico su eficiencia: “todo es vuestro, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios”. Lo que se dice de las personas vale también para los pueblos, que constituyen la gran familia humana. El bienestar del individuo no puede ser alienado del bienestar común. La relación profunda que existe entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y Dios creador, entre el hombre histórico, la sociedad, y Cristo Salvador, encuentra la Eucaristía el misterio de unión y de reconciliación.

Así se comprende el valor cósmico y social del aforismo patristico: *La Iglesia hace a la Eucaristía como la Eucaristía hace a la Iglesia*, incluyendo la responsabilidad y la corresponsabilidad individual y colectiva en el progreso individual y social de la humanidad, la cual debe ser ordenada escatológicamente, así como los días del trabajo del Génesis tienden hacia el reposo del sábado, a fin de permitir a los hombres una vida serena, y a fin de contemplar y gozar la verdad en una vida nueva. “*O sacrum convivium in quo Christus sumitur... mens impletur gratiae et futurae gloriae nobis pignus datur*”, “*terra, pondus, astra, mundus, quo lavantur flumine*”, afirma la liturgia. Cristo, ya en el tiempo, ya en la historia, es la felicidad de quien trabaja, de quien sufre, de quien llora, de quien es oprimido y perseguido. El pan y el vino, primicias de la creación, fruto del trabajo humano y de la providente actividad creadora de Dios, producto homogéneo de innumerables espigas y de miríadas de racimos de uvas, cuando devienen el Cuerpo y la Sangre del Señor, entonces la confluencia de la fatiga del hombre (“*in sudore vultus tui vesceris pane*”) y de los sufrimientos del Hombre Dios (“*factus obediens usque ad mortem*”) es una liberación en acto que quita del trabajo el peso de un castigo o de una condenación, haciéndolo cooperación con la obra redentora, instrumento de salvación. El trabajo aparece así como purificación, ascesis, oración, felicidad de los pobres en un orden escatológico, participación en el *Kyrios* glorioso y glorificador. Nada se pierde. Todo aquello que es realizado con amor, permanece por amor: “*caritas nunquam decedit*” “*opera enim illorum sequuntur illos*”.

Pensamos que es útil profundizar aun más esta relación entre la Eucaristía y el trabajo. La advertencia de Isaías: “*frange esuriente panem tuum, egenos vagosque induc in domum tuam*” (58,1 sig.) pone en evidencia la íntima y eficaz propensión del hombre en su deber personal y social para con los necesitados, entendiendo el término “pan” como necesidad de vida, como derecho a la existencia humana. Bíblicamente el término “pan” involucra el conjunto de los cuidados del hombre, el esfuerzo que exige la propia subsistencia. La falta de pan –muchas veces en unión con el agua y con el vino– significan, en las narraciones históricas de la Biblia,

estar en necesidad, no disponer de los medios indispensables para vivir. El pueblo en el desierto reacciona porque no tiene pan, y Dios remedia esta necesidad elemental con el “maná” que la tradición posterior interpreta como “pan del cielo”, como alimento producido por la bondad generosa de Dios. La fe en la soberanía y en la providencia de Dios respecto del hombre se manifiesta en el hecho de que Él da el pan y lo quita conforme bendice al justo o castiga al infiel, según los hagiógrafos. La abundancia de pan significa abundancia de protección y de favores divinos, la falta de pan significa duro castigo por el pecado. Jesús mantuvo en su mensaje toda la importancia del pan en la vida del hombre enseñando a pedir al Padre del ciclo “nuestro pan de cada día”, pan material necesario para vivir. Obró dos veces el milagro de multiplicar los panes para saciar a la multitud que lo seguía en el desierto, y con ocasión de uno de estos milagros prometió el verdadero pan de vida que es la fe y la aceptación de su persona y de su mensaje, y la acogida del misterio eucarístico, partiendo de una realidad bien conocida por el hombre para facilitar la comprensión de los misterios de la nueva revelación: “*Yo soy el pan que Dios os da, yo soy el pan de vida, quien lo come no tendrá hambre, no morirá*”.

Por pan cotidiano no se entiende solamente la comida, el alojamiento, los vestidos, los combustibles, los medicamentos, el tiempo libre (es decir: todo lo que forma parte de nuestra indigente provisoriedad) sino también la obligación sagrada de dar trabajo a todos. La piedad que repite “*misereor super turbam*” se extiende desde el desierto hasta las aldeas y las ciudades con la obligación de emplear a los que se encuentran desocupados y sin trabajo: “*Nemo vos conduxit... ite et vos in vineam meam*” (Mt 20,7). Dar trabajo a todos significa dar el pan cotidiano. Santo Tomás, en el comentario a la política de Aristóteles (1 Pol 1) declara explícitamente: “*Será perfecta aquella comunidad que se orienta en el sentido de que el hombre tenga en grado suficiente lo que le es necesario para la vida*”; es así porque somos todos hermanos, creados a imagen y semejanza de Dios, y en la Iglesia: sacramento de unidad (“*lo que hicisteis a uno de estos pequeños a mí me lo hicisteis*”). Un solo pan, un solo cáliz, un solo pueblo de Dios. “En la tarde de la vida, escribía sor Isabel de la Trinidad, seremos juzgados por el amor”. No hay sino un único amor de Dios en sí mismo y en las creaturas, y de las creaturas en Dios, de tal manera que nadie puede decir que ama a Dios a quien no ve si no ama a su prójimo a quien ve. Este amor tiene su primera revelación en la Eucaristía, en la consagración del pan y del vino, fruto de las simientes y de nuestro trabajo. El “hijo del carpintero” santificó el trabajo, y la forma más servil del trabajo que es el manual, elevándolo a la dignidad más alta de colaboración con la obra del Verbo creador y redentor. Sócrates, Platón, Aristóteles manifestaron cierto desprecio por la condición de los trabajadores manuales. No así Jesús, san Pablo y la tradición cristiana, incluida la monástica. Por lo tanto, ningún pesimismo o desprecio por los valores naturales deriva de la doctrina sobre el pecado original; ni mucho menos una escatología como valor supremo de los Evangelios, desplaza a la consagración del trabajo. Del *ethos* evangélico puede deducirse una ética o una teología del trabajo. En un *logion* apócrifo se lee: “*Levanta una piedra y me encontrarás, trabaja la madera y me encontrarás*”. De la tierra liberada de las piedras nace el pan; de la madera bañada por la sangre de Cristo proviene el amor para sancionar y santificar la fatiga humana. El trabajo aparece, es verdad, como fatiga y peso, pero también como apertura de amor para con el hermano cuyas obras son capaces de impulsar la edificación del mundo. El trabajo es por lo tanto relación dinámica entre el hombre y la naturaleza, expresión del espíritu, encarnación y redención, colaboración con la actividad creadora de Dios. Dios no injertó al hombre en el mundo poniéndolo frente a una materia extraña, ni siquiera como observador extranjero, sino como “imagen de Dios”, y por lo tanto como demiurgo consciente. El tiene por finalidad resumir y recapitular en sí toda la serie de seres y actividades de inferior grado –por su incapacidad de conocimiento y de amor–, no solo como artífice sino también como sacerdote del universo. Trabajando, el hombre se perfecciona (“*perfectio operantis*”) transforma las cosas (“*perfectio operis*”), se encarna en el mundo, espiritualiza las cosas creadas, hace de su ocupación un instrumento de redención interior personal y social. La misma construcción del Cuerpo Místico de Cristo precisamente mediante la presencia de un amor institucionalizado y operativo, se liga a la construcción de un mundo, en el cual el trabajo humano asegura una preparación para la plenitud de la gloria. Se trabaja en la recapitulación de todas las cosas en Cristo, “*in quo omnia constant*”, el cual no

vino solamente para salvar a las almas sino a los hombres, y no solo a los hombres sino también al mundo y al universo entero. El trabajo entra en esta visión de unidad universal de la totalidad salvífica de la conciencia cristiana. Asumidas en el Cuerpo de Cristo, las realidades creadas y humanas forman parte de su “misterio” (Rm 8,19): *“La ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios... Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto”*. La moral del trabajo (deberes profesionales, individuales, universales y comunitarios) de esta manera es alabanza, ofrecimiento, eucaristía cósmica y humana, a Cristo, el Verbo creador y libertador.

El desequilibrio denunciado por S. Weil (citado al comienzo del presente trabajo) en el trabajo humano, y debido a la triple concupiscencia descrita por san Juan, y a los pecados y a las culpas del hombre, puede ser superado, debe ser superado. De esta superación tenemos una analogía sintomática en la Eucaristía. Las especies sacramentales eucarísticas se corrompen, pero continúa la presencia del Señor en nuevas especies y nuevas consagraciones. La Eucaristía, pan del peregrino, *“cibus viatorum”*, nos invita a no perder nunca de vista los “signos de los tiempos” en que vivimos; a tener en cuenta el progreso técnico, político, social, económico; a valorizar el grado histórico de fermentación de los valores evangélicos; a asegurar siempre los ázimos de sinceridad y de verdad, eliminando los fermentos de malicia; a comprometernos en la vigilancia como el *“administrador fiel y prudente a quien el Señor pondrá al frente de su servidumbre para darle a su tiempo su ración conveniente”* (Lc 12,42); a ser conscientes de que en el más humilde acto de trabajo está el peso de todo el fin supremo.

En el mundo de la naturaleza (muchos granos de trigo, son un solo pan; muchos racimos de uva son un solo vino) como en el de la gracia, ningún hecho está aislado. Hay una comunión de pecados y de méritos. El más mínimo movimiento de una partícula repercute en todo el universo, ya sea para bien, ya sea para mal. El inquinamento de las aguas y de la atmósfera nos obligan a reflexionar sobre las relaciones de íntima solidaridad entre la piedra, el agua, la planta, el hombre y el equilibrio de la naturaleza. Nos obliga a reflexionar sobre una responsabilidad y corresponsabilidad social y cósmica de nuestras acciones Y de nuestro trabajo, de la ciencia y de la técnica, y de su uso profesional. Nos llama, como ya señalamos, a un sentido de participación y de co-participación. Por eso, a la alegría del trabajo, entendido como acto de amor y de colaboración con Dios en el progreso de la humanidad, considerado en un sentido de solidaridad y de fraternidad universal, debemos añadir la proyección social de una culpa y de un pecado. Cuando se considera la sociedad como un cuerpo, el inquinamento moral y social asume proporciones más vastas y universales que el cósmico. Un pecado, una culpa, no es solamente infracción a una ley o un conflicto, sino que es destrozamiento de un orden, es un acto disgregante que siempre tiene, cósmica y socialmente, repercusiones gravísimas para la humanidad.

De aquí se desprende que, considerar alienantes a la moral cristiana y, a la teología de la fe, es un preconcepto deletéreo para el trabajo. La solidaridad que la ciencia y la técnica solicitan en la ejecución exacta de una obra, aun cuando fuese mínima, aun cuando fuese insignificante, asume un significado ecuménico en el amor redentor y unificador que la religión da a las almas, y que encuentra admirables afinidades analógicas en el mismo misterio eucarístico. Cada violación del pan y del vino impide la presencia sacramental del Señor. Así también cada manipulación del trabajo fuera, del orden técnico y profesional, moral y religioso, de justicia y de caridad, inician la agonía y la pasión del hombre, como afirma decidida y vehementemente el apóstol Santiago en su epístola católica (vv. 1-6) y experimentamos dolorosamente cada día.

Queremos también poner en evidencia otro aspecto analógico entre Eucaristía y trabajo: la fermentación, la transformación del mundo que vemos como empresa humana y cristiana, implícita ya en la realidad de la conversión del pan y del vino. Compromiso en mejorar el mundo por medio de un ininterrumpido esfuerzo ascético de expiación y de perfección, en una consciente solicitud en dar a nuestras acciones un valor trascendente y eterno como instrumento y medio práctico para la conquista de aquella paz tanto social como personal que el trabajo tiene

por misión construir en la tierra con fundada esperanza; *“spe salvi facti sumus”*. Una sociedad entra en crisis cuando pierde las virtudes espirituales y se transforma en la búsqueda exclusiva de la riqueza terrestre, de la opulencia en que se dan inevitablemente el vicio y la corrupción. Pierde contacto con la realidad, presuponiendo que el hombre puede vivir solo de una realidad exclusivamente material, preocupado únicamente en hacer crecer el bienestar físico. El hombre no puede vivir, humanamente, sin defender su dimensión espiritual, la propia vida moral y religiosa: *“Si angustiantur vasa carnis, dilatentur vasa caritatis”*.

Es ley de la historia, esencial, que se debe comer el pan con el sudor del rostro; es ley evangélica, el buen uso de los talentos privados y públicos para un pan que, a la vez, debe ser contribución y oración esencial, para el desarrollo y perfección de la persona, de la sociedad, y de la historia humana; vocación diferenciada del hombre *artifex*: *“omne ens propter suam operationem”*.

El trabajo debe ser entendido como medio privilegiado para hacer reinarla razón sobre la parte inferior de la naturaleza; como participación divina para imprimir en la materia transformada la marca y el sello del espíritu, en la medida en que asocia las energías físicas a la fuerza que permite dominar los propios instintos de inercia y la pasión de avaricia, haciendo del cuerpo un dócil instrumento del alma. El aspecto positivo de los valores creadores exige una ascesis capaz de hacer del trabajo un medio de santificación. “Tú, Señor –escribía Leonardo de Vinci–, danos los bienes y en trueque mándanos la fatiga”: fatiga expiatoria, fatiga meritoria. La dureza del trabajo es elevada a la fuente más profunda de las alegrías del espíritu, cuando se lo considera como él es: continuidad operativa de la creación, instrumento de redención, realidad teológica en un impulso progresivo que une al hombre con Dios: *“Pater meus operatur et ego operor”*. El tiempo sacramental de Dios, se torna así el tiempo de Cristo, y el tiempo de Cristo debe tornarse el tiempo de la Iglesia. De las palabras del Señor *“sed santos como yo soy santo, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre que está en los cielos”* deriva una ejemplaridad divina y cristológica que abre posibilidades imprevisibles al hombre “artifex”, colaborador de Dios. Este concepto de san Pablo, de la historia como sinergia de lo divino, ofrece una maravillosa fuerza capaz de dominar las cosas y los acontecimientos por dentro y de dar impulso al trabajo del hombre, con un significado divino. La pretendida suficiencia de aquello que es finito, constituye el verdadero elemento depresivo que guarda: la vanidad como valor, la presunción como potencia, el interés parcial y egoísta como un bien común.

El tiempo no pasa inútilmente, la historia progresa humanamente cuando se construye según intenciones de eternidad. Estamos bien lejos de aceptar un inmovilismo de formas o de instituciones históricas, para abandonarnos a una psicología que solo raramente o con dificultad acepta la idea de que las formas de cultura y las civilizaciones creadas por el hombre puedan morir. La historia nos presenta surcos de civilizaciones pasadas, de culturas muertas. Pero el trabajo que determina las culturas y las civilizaciones permanece, y puede y debe siempre asumir nuevas formas en favor del progreso humano. Una civilización o forma de cultura que acaba, no significa el fin del mundo, ni el fin de los hombres, sino un pasaje y un desarrollo del trabajo del hombre. No se reniega de una civilización que muere por el hecho de morir, por el contrario se buscan y acogen sus valores positivos que pueden ser continuados y mejorados en las culturas y las civilizaciones que nacen. Somos caminantes: *“viatores”*. Y, en nuestro caminar, nos movemos con una tensión escatológica que tiene en la Eucaristía una certeza: *“Futurae gloriae nobis pignus datur”*. Jesús, afirmaba san Ireneo en *Adversus Haereses*, trae novedad siempre, cada vez que se presenta. *“He aquí que hago nuevas todas las cosas”* leemos en el Apocalipsis. Tendemos hacia *“nuevas tierras y nuevos cielos”*, nuevas tierras y nuevos cielos que debemos iniciar en el tiempo en que vivimos.

Una cosa es cierta, la ciudad de los hombres no podrá ser construida de modo estable si no lo es en la verdad, en el amor, en la justicia, que tienen el rostro y la voz de Cristo Jesús. En Cristo Jesús, *“todo en todos”*, *“vivimos, nos movemos y existimos”*. En el Señor Jesús, “Dios con nosotros” (y las encíclicas de los pontífices lo repiten desde la *Rerum Novarum* hasta la

Populorum Progressio), el trabajo tiene una liberación interior, una defensa, un impulso, y su glorificación.

Nos parece concluir esta modesta disertación con un testimonio singular. Proviene de *García Lorca* en la *Oda al Santísimo Sacramento del Altar*. Con imágenes a veces violentas e inauditas, Lorca se dirige a Jesús eucarístico:

“Brisa y materia juntas en expresión exacta,
por amor de la carne que no sabe tu Nombre...
¡Oh Forma sacratísima, vértice de las flores,
donde todos los ángulos toman sus luces fijas,
donde número y boca construyen un presente,
cuerpo de luz humana con músculos de harina!
... ¡Oh Forma limitada para expresar concreta,
muchedumbre de luces y clamor escuchado!
¡Oh, llama crepitante sobre todas las venas...!
Sólo tu Sacramento de luz en equilibrio,
aquietaba la angustia del amor desligado...
Sólo tu Sacramento, manómetro que salva
corazones lanzados a quinientos por hora.
... Punto de unión y cita del siglo y el minuto...
Mundo, ya tienes meta para tu desamparo.
Para tu horror perenne de agujero sin fondo.
¡Oh, Cordero cautivo de tres voces iguales!
¡Sacramento inmutable de amor y disciplina!”.

Quien cree en la Eucaristía encuentra, junto con el dolor del trabajo, su resurrección, una perenne donación de amor y de esperanza; la belleza, la poesía, la luz de eternidad, la finalidad religiosa indicada por S. Weil; recibe la liberación de la esclavitud, el sentido de una solidaridad universal; una novedad siempre renaciente que permite caminar y trabajar en el universo y en su historia, como hermano, con un corazón católico, y cantar en cada encuentro con las cosas, aun en medio de grandes dificultades, como los jóvenes de la hoguera: “*obras todas del Señor, bendecid al Señor*”; y, como Francisco de Asís, el cántico de las creaturas.

*Arzobispado
Pisa, Italia*